

■ LA OFENSIVA DE ETA

El arzobispo de Pamplona pide romper «las cadenas del miedo» ante ETA

Un millar de personas despidió al edil asesinado

El presidente del Gobierno, José María Aznar, asistió ayer en Leiza al funeral por el alma del concejal de UPN José Javier Múgica. El arzobispo de Pamplona, Fernando Sebastián, pidió durante la homilía a los políticos que hagan frente «a la barbarie de ETA», al tiempo que instó a la sociedad a romper «las cadenas del miedo y el silencio».

PAMPLONA. Begoña López

Pasadas las seis de la tarde de ayer y entre aplausos, las cenizas del concejal de UPN, José Javier Múgica, asesinado el sábado por ETA, hacían entrada en la Parroquia de San Miguel en una urna que llevaba su viuda, Reyes. Le seguían sus hijos Francisco Javier, Daniel y Raquel, quienes llevaban ramos de flores. La iglesia se encontraba abarrotada de familiares, amigos, compañeros de partido, autoridades, hasta sumar más de un millar de personas.

Hasta Leiza se desplazaron para asistir al funeral de esta nueva víctima de ETA, el presidente del Gobierno, José María Aznar; el secretario general del PP, Javier Arenas; la presidenta del Congreso, Luisa Fernanda Rudi; la comisaria europea de Transportes, Loyola de Palacio; el Gobierno navarro al completo, diferentes diputados, senadores, parla-

mentarios y concejales navarros de los distintos grupos políticos, salvo EH; así como los dirigentes del PP en el País Vasco, Jaime Mayor Oreja y Carlos Iturza, la concejala María San Gil; el socialista José Blanco y la presidenta de EA, Begoña Errazti, y el presidente de La Rioja, Pedro Sanz, entre otros.

La homilía, que se pronunció en castellano en su mayor parte, aunque tuvo otras en euskera, corrió a cargo del arzobispo de Pamplona, Fernando Sebastián, quien llegó a Leiza procedente de Salamanca, donde estaba pasando sus vacaciones. Sebastián fue contundente en sus palabras contra el terrorismo de ETA y tuvo un recuerdo para Mikel Uribe, ertzaina asesinado el mismo día.

En la homilía, el arzobispo pidió a los vecinos de Leiza que rompan «las cadenas del miedo y del silencio». «No os sometáis a quienes pretenden



Telepress

Aznar encabezó la concentración en la plaza de Leiza tras el funeral del edil

dominaros como esclavos con los argumentos de las bombas y los tiros en la nuca. No pueden ofrecernos ninguna libertad quienes atropellan la vida y la libertad de quienes no se sometan a su tiranía», dijo.

Pasadas las siete de la tarde y en la Plaza del Ayuntamiento como escenario tuvo lugar una concentración de repulsa. Tras la pancarta en la que se leía «Leiza y Navarra contra ETA» en español y euskera, se encontraba la viuda del asesinado —con la urna que contenía sus cenizas y que no dejó de abrazar y besar— junto a sus hijos, Aznar y el resto de autoridades que estuvieron en el funeral. La concentración fue seguida por al-

rededor de un centenar de vecinos, de una localidad de casi 3.000 habitantes.

Por la mañana, los concejales de UPN en el Ayuntamiento de Pamplona abandonaron durante la intervención de la portavoz de EH la sesión extraordinaria convocada por el consistorio para condenar los asesinatos, mientras desde el público se escuchaban gritos de «asesina», «no tenéis vergüenza» o «sin pistolas no sois nada».

Miguel Ángel Ariztimuño Canflanca, de 54 años, es la persona que, según las listas electorales, debería sustituir a Múgica en su labor como concejal del Ayuntamiento de Leiza.

Mandar en Euskadi

A turdida por el estruendo de los coches-bomba y el tableteo de los disparos, la opinión pública española se ha acostumbrado a ver en la política vasca sólo el reflejo de un interminable conflicto de violencia y sangre. La presencia del terrorismo en el eje de la vida pública ha anulado la percepción de una política cotidiana que, sin embargo, explicaría muchas claves de la actual situación de lo que un nuevo eufemismo empieza a llamar simplemente «el Norte». Nada más lógico: si el día en que toma posesión el gobierno autonómico ETA lo saluda con dos asesinatos, nadie va a interesarse por saber qué hace, quién forma y para qué sirve el citado ejecutivo vasco.

Para la mayoría de los españoles, y para muchos vascos, el debate esencial en Euskadi es el de la presencia cenital de la muerte como fenómeno casi cotidiano y sus secuelas sobre el ejercicio de la libertad. Para los nacionalistas, empero, sobre todo para los nacionalistas moderados o democráticos, la verdadera cuestión es el poder. Un poder de fuerte implantación administrativa, que maneja un

enorme aparato institucional y de servicios públicos dotados con recursos billonarios, capaz de sostener una estructura clientelar que facilita su prolongación en el tiempo y su extensión en el espacio. Un poder hegemónico con más presupuesto, influencia y capacidad de desarrollo que algunos Estados soberanos europeos.

La minusvaloración de ese poder y su enorme capacidad decisoria fue uno de los errores que condujeron al naufragio de la «alternativa constitucional» de Mayor Oreja y Redondo en mayo pasado. Frente al problema del terrorismo y de la pérdida de libertad, esgrimido como factor esencial en una campaña desesperada, el PNV opuso ante los vascos la idea de una defensa global de su tarea de gobierno. «Hemos transformado este país», repetía obsesivamente Ibarretxe en la campaña. Y hablaba de sanidad, de educación, de industria y hasta de deporte mientras sus adversarios sólo hablaban de escoltas, de policía, de víctimas y de muertos.

Así, para los vascos que no se sienten directamente amenazados por el terror, para los que sostie-

nen que Euskadi es un territorio en el que se vive muy bien —«y se viviría mucho mejor si no fuera por la violencia»—, los constitucionalistas estaban poco menos que poniendo en peligro la sustancia de ese sistema de vida que ha permitido a la Comunidad autónoma unos estándares económicos de primera línea. Ah, la violencia, ese pequeño problema...

A través de ese poder nada trivial, el PNV ha implantado una estructura de sólida hegemonía civil cuya derrama beneficia también a otros sectores nacionalistas, incluido el abertzale. Algunos socialistas explicaban parcialmente el trasvase de votos de EH al PNV-EA en la comprensión por parte de muchos radicales de la necesidad de mantener de algún modo el sistema de ayudas y subvenciones que estructura todo el conglomerado independentista, a través de asociaciones de todo tipo: culturales, educativas, sociales, recreativas, vecinales. Un gobierno PP-PSOE en Lakua habría triunfado o no en la lucha antiterrorista, pero habría cercenado de raíz todo el flujo económico clientelar que impregna al

mundo nacionalista, tanto al moderado como al radical. Y eso sí constituía un problema, e incluso, paradójicamente, una amenaza real para quienes no sienten la amenaza del terror.

El Gobierno que Ibarretxe anunció el sábado bajo el árbol de Guernica manda, y manda mucho. Manda tanto que para el PNV ha constituido una prioridad incluso por encima del problema terrorista y la consecución de la paz. Al menos hasta ahora. Porque podría no ser casual que sólo unas horas después de que el lendakari hablase explícitamente de «combatir a ETA», un lenguaje hasta ahora exclusivo de sus adversarios, la víctima del siguiente atentado fuese un miembro de los cuadros de la Ertzaintza.

Podría ocurrir que el PNV haya llegado a la conclusión de que ETA es también una amenaza para el mantenimiento de su propia hegemonía. Incluso en ese supuesto, relativamente optimista, habrá que ver qué precio está a dispuesto a pagar por mantenerla. Y a quién.

Ignacio CAMACHO